

## PUNTOS DE SUSCRICION

## MADRID

	Plas.	Cts.
Un mes.....	1	>
Un trimestre.....	2	50
Un semestre.....	5	>
Un año.....	10	>

## PROVINCIAS

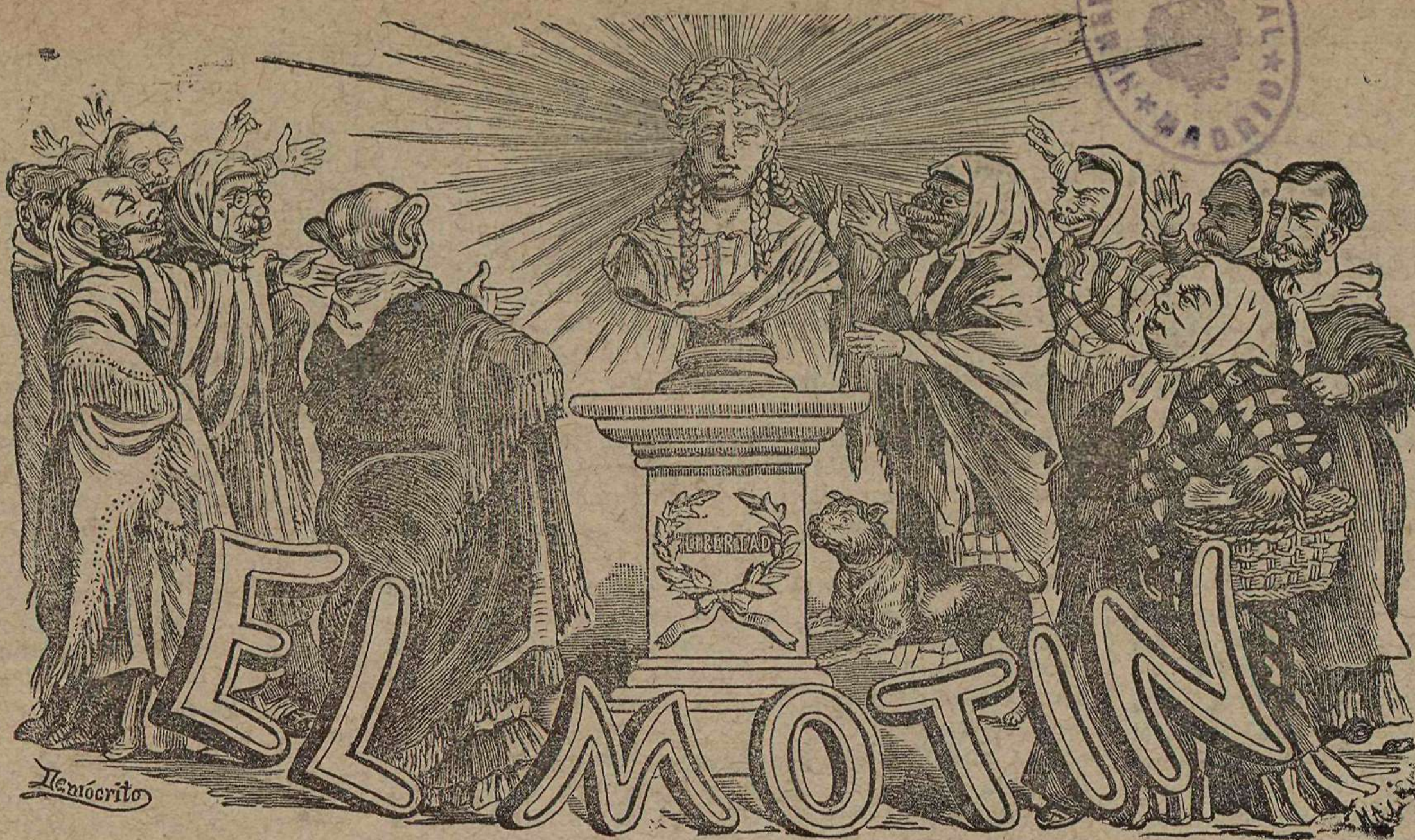
Tres meses.....	3	>
Seis.....	5	50
Un año.....	10	>
Extranjero y Ultramar.	3 pesos	

## CORRESPONSALES

25 números de EL Mo-		
TIN.....	2	50
Idem del SUPLEMENTO.	>	75

## NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



## ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 94, PRIMERO DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: [En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fé, carrera de San Jerónimo, núm. 24, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.

Habana: D. José Pozo, Obispo, 32.

## NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

## PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

## EN NUESTRO PUESTO

D. Alfonso XII está en gravísimo peligro de muerte: quizás haya sucumbido cuando este número llegue á manos de nuestros lectores.

Ni necesitamos, ni queremos ni debemos hacer protestas de ninguna clase. Somos lo que siempre fuimos.

Despierten otros de su letargo ante la fosa que se abre; salgan otros de su apatía; dejen algunos lo que se va para arrimarse á lo que venga. EL MOTIN continúa en su puesto.

Ni alegría ni tristeza experimentamos por la muerte del rey; lo primero sería poco noble; lo segundo hipócrita; y nunca fuimos esto, y siempre alardeamos de aquello.

Más aun; si en nuestra mano estuviera salvar á D. Alfonso la vida, lo haríamos: hubiéramos preferido verle destronado á verle muerto.

Sin tregua combatimos á la monarquía que él representaba aún; sin tregua la seguiremos combatiendo, representela quien quiera.

Nada nos importa el nombre del general que manda la plaza sitiada; la cuestión para nosotros es tomarla.

## LA UNION ES LA FUERZA

Los momentos son decisivos. Aquí de los hombres.

Pudieron hasta hoy pequeñas rivalidades y emulaciones mantener apartados á los que siempre debieron marchar unidos. De hoy en adelante no debe ser, no puede ser.

Ante lo que viene, hay que formar fila compacta, apretar los lomos con el cinturón, y estar atentos con el arma al brazo dispuestos á luchar.

Pasó la época en que se podían tolerar discusiones estériles é inútiles; hoy hay que pensar solo en esto: ser republicanos.

A un lado los matices: tiempo quedará para ostentarlos y trabajar cada cual en favor suyo. Lo primero es lo primero.

Veamos á los monárquicos: los separan abismos más hondos que á nosotros, y no obstante, se conciertan y se unen para salvar lo que les es común.

¿Quién censurará eso? Nadie. Sus mismos enemigos, nosotros, los admiramos. Eso debe hacerse siempre que peligra lo que se ama.

Imitémosles nosotros, unámonos en estos momentos para salvar la patria y la libertad, que de lo contrario van á ser eclipsadas del todo.

Olvidémonos de nosotros mismos para pensar solo en ellas, y ayudemos lealmente al hombre importante que tome la iniciativa, porque la unión y la energía en estos momentos pueden ahorrar para lo porvenir grandes catástrofes.

Dícese á última hora que los jefes republicanos se han entendido; sea enhorabuena, que á su lado estamos.

Ahora, solo falta que todos y cada uno cumplamos lealmente con nuestro deber. La patria lo exige; nuestra honra lo reclama; la libertad nos lo ordena.

¿Lo cumplimos todos? España se ha salvado.

¿No? Pues se ha perdido. Y á todos nos alcanzará la responsabilidad.

## EL PELIGRO

La prensa se viene preocupando hondamente estos días con los trabajos del carlismo. Un periódico, *El Liberal*, se expresa de este modo:

«Si la tea carlista produce un nuevo incendio, y se propaga imponente á algun punto, miráremos ante todo la organización que tenga en él la influencia teocrática. Y si existe un convento-fábrica de misioneros, ó se descubre un párroco que en vez de desempeñar su sagrado ministerio ganando almas al cielo, empuja á la juventud á la guerra civil, allí llegará desde luego la mano liberal para que no quede rastro del convento ni del párroco.

La influencia ultramontana y reaccionaria es de tal naturaleza, que solo arraiga y se mantiene por la protección del poder público, impidiendo al mismo tiempo la propaganda liberal. Tan luego como el sentimiento liberal resuelto y decidido penetra en el poder, desaparece el peligro del influjo ultramontano.

Cuando se habla de agitación carlista y al mismo tiempo de fundaciones de conventos, no podemos menos de decir: «Fundad cuanto se os antoje, que tan pronto como estalle un conflicto, y lo alimentéis con esa influencia, no habreis hecho más que preparar amplios locales para escuelas, cuarteles, hospitales y oficinas del Estado.»

No vengo diciendo otra cosa desde que se publicó EL MOTIN, ni he enderezado á otro punto mis trabajos. Por eso copio esas líneas con gran satisfacción.

Los que, ciegos ó hipócritas, aparentaban escandalizarse por mi campaña, ahora verán claro.

El cura en España es carlista, con pocas excepciones, y tiene gran influencia sobre la masa ignorante y fanática. Por lo tanto, todo lo que contribuya á quitársela, es trabajar por la civilización y ahorrar ríos de sangre y lágrimas.

¡Valiente cosa me importaría á mí que los curas tuviesen ama, hijos, ni cometieran muchas de las faltas que vengo censurando en ellos! No es por odio ni por monomanía, como algunos han supuesto, por lo que los ataco: es porque veo en ellos la causa de todas nuestras desdichas pasadas, presentes y futuras.

Es que preveo para España días sangrientos, si no se merma esa autoridad que el cura ejerce, encerrándola en sus límites naturales; es que no hay manera de ser libres mientras el cura sea omnipotente.

Por esto los he combatido, los combato y los combatiré, vengan sobre mí las persecuciones que vengan; por esto aplaudo la idea que apunta *El Liberal*, desarrollada por mí hace mucho tiempo, de echar abajo el convento donde se conspire y exterminar al cura que encienda la guerra civil.

Solo que en vez de aguardar á vernos cogidos en sus redes, para ir tomando medidas aisladas, aconsejo, y si pudiera ordenarlo lo ordenaría, que en el instante que se tenga noticia de haberse levantado cuatro carlistas siquiera en cualquier punto de España, se proceda contra los frailes en la forma más eficaz posible, derribando después las torres de los conventos, allí

donde no convenga al ornato público destruirlos.

Y respecto á los curas, que se prenda á los reconocidamente carlistas, se vigile á los que no se hayan aun declarado tales, y se fusile á todos los que se pillen en flagrante delito de conspiración ó con las armas en la mano.

Así, y solo así, podremos librarnos de la guerra civil que los conservadores han venido preparando para cuando el caso presente llegara. A un lado, pues, sensiblerías indignas de pueblos viriles, y á ello en cuanto el carlismo asome la cabeza.

## PERFILES REGIOS

Si atacamos, nos denuncian; si defendemos, nos denuncian; y lo mismo cuando publicamos el Catecismo del P. Ripalda, que cuando copiamos escritos de D. Alfonso, que cuando reproducimos la imagen de Cristo, nos recogen.

Como esto es ya insoportable, vamos hoy á hablar de reyes que fueron, á ver si así nos dejan en paz, y podemos ponernos al habla con los pacientes y entusiastas lectores de provincias.

## FELIPE III

Más de una vez la pluma ha de vacilar en el propósito de seguir adelante, al inquirir y apuntar los hechos de esta era desdichada (la de su reinado); más de una vez el rubor ha de manchar nuestras mejillas, y la ira ha de agitar nuestro corazón. Miseros reyes y ministros torpes que cometieron todas las faltas de sus antecesores, y no supieron estudiar ni imitar ninguno de sus aciertos; movidos por principios y subditos, no de erróneos pensamientos de religión ó de política, sino de la pereza del ánimo ó del deleite del cuerpo, de lujuria, vanidad y codicia. Solo se echó ahora de menos la pluma con que pintó Tácito las vilezas de Galba y de Vitelio, y la decadencia de la virtud romana.

Sin ser perverso el duque de Lerma, será siempre uno de los ministros que con más razón censure la historia. Su defecto principal fué la codicia, pero ella dió ocasion á que incurriese en faltas de todo género. Pocos defectos hay tan grandes ni tan viles en los ministros como la codicia y la falta de pureza en el manejo de la hacienda pública. Y el duque de Lerma, sobre ser tan señalado en esto, alcanzó el privilegio triste de ser el primero que abriese en el gobierno tan mal camino, por desdicha seguido luego de tantos.

En el reinado de Felipe III se acrecentaron los santos, porque Roma, que tanto partido sacaba de Felipe III, no regateaba en cambio las canonizaciones y beatificaciones. En cambio la moralidad de la administración y del gobierno padecieron gran mengua.

Púsose la nobleza en este reinado más cerca del trono que en el anterior; pero no para que cobrase la dignidad antigua, sino para que le sirviese de ornamento y de cómplice. Mejor estaba la grandeza recogida en sus castillos ruinosos, murmurando de los ministros plebeyos de Felipe II, que no autorizando con su asistencia las dilapidaciones de los favoritos de su hijo, y acaso contribuyendo á ellas, cambiando sus títulos viejos tan gloriosos, por títulos nuevos y dignidades de la real casa.

Salió á la plaza la lisonja poco sufrida de los reyes anteriores; diéronse al envilecimiento los puestos que solía tener ántes el mérito; comenzaron las dádivas de todo género á hacer las veces del consejo, y á producir persuasión en los ánimos: la venalidad y la codicia y la abyección se abrieron á todo camino, obras



estas propias de un rey inepto. Buen católico y mal rey, he aquí formulado el carácter de Felipe III. Lo que quiso ser y lo que fuera para España.

FELIPE IV

El interés del momento ciega á las veces los ojos de los pequeños ambiciosos que no ven en el poder la gloria y la satisfacción legítima del mando, sino solo un camino para hallar el placer y el deleite, y contener las pasiones viles del alma; y á truco de conseguir una cosa, no vacilan en sentar precedentes que pueden serles de vergüenza y daño en lo futuro.

No se contentó naturalmente Olivares con rebajar á los contrarios y esterminarlos, sino que al mismo tiempo comenzó á elevar á otros sin consideración alguna, procurando hacerse de clientela. Alzó varios destierros de personas importantes que antes los padecían, y devolvió algunas plazas y dignidades mal quitadas, robusteciendo con el agradecimiento los muros de su poder. Entre otros se levantó el destierro y prision que padecía D. Francisco de Quevedo, ya en obras famoso, por su amistad con Osuna, y aun se le dió colocación en Palacio. Pero los mas de los destinos públicos los ocupó el privado con sus amigos personales. Con ellos compuso la régia servidumbre, despidiendo á los que antes la formaban, y cuando ya no tenía destinos que dar allí, determinó poner casa aparte al infante D. Fernando que por su corta edad vivía aun con el rey su hermano, á fin de crearlos nuevos y repartirlos de la propia suerte, como lo ejecutó con efecto. Quitó de los tribunales á muchos magistrados porque alcanzaban reputación de inflexibles.

Amábase sobre todo y cada día más el rey, que depositaba en él toda su confianza, no solo en las cosas del Estado, sino en aquellas otras viles que afrentan, mas que á los reyes que las hacen, á los ministros que las protegen y ayudan. Era Felipe IV muy dado á aventuras y galanteos, y tanto, que solo en ellos ponía atención y cuidado. Los papeles y libros de la época lo pintan como liberal, generoso, valiente y no desnudo de ingenio y de instrucción, gustándole mucho el trato de los poetas y artistas, y aun la misma profesión de las Musas. Pero el caso es, que distraído en liviandades, no hubo monarca más esclavo que él de sus privados, ni aun su tímido y devoto padre.

El conde-duque D. Gaspar de Guzman, que lo era único y absoluto y lo fué por tantos años, no carecía ciertamente de talento, bien que no fuese tanto como su vanidad; pero no tenía la sagacidad política, la profunda comprensión y la instrucción y vasta experiencia que necesitaba en tan peligrosas circunstancias la monarquía. Fué tambien más atento al provecho propio y á contentar sus pasiones, que al bien del Estado, cosa harto común por desgracia en los ministros y privados, sobre todo en España y en aquellos tiempos. Con la grandeza de España, tomó para sí el título de duque de San Lúcar de donde le vino el ser conde-duque, y no tardó en formarse copiosas rentas. Luego, á cambio sin duda de los favores que á manos llenas recibía, dió el ministro al rey gratuitamente el título de *grande*, y fué vergüenza que éste llegase á admitirlo como merecimiento, en lugar de despreciarlo como lisonja. Hecho en que harto se dieron á conocer entrambos, mostrando bien desde los principios lo que de tal príncipe y de tal ministro podía esperar la monarquía.

Donde quiera se vé ya á la vanidad en lugar del patriotismo, al interés personal haciendo olvidar al interés público; donde quiera el decaimiento y la corrupción, fruto tardío, pero cierto, de la liviandad de los ministros y de la corte, de la desconfianza del gobierno, del menosprecio de la equidad en la distribución de empleos y honores, de la falta de justicia, y de la ignorancia que cegaba ya los ojos de todos los españoles. Es locura pensar que las naciones, por nobles que sean, puedan levantarse á grandes intentos, hacer grandes sacrificios, moverse á ciertos esfuerzos supremos, oprimidas y desconfiadas, sin fe en lo presente ni en lo futuro. No había más que un modo de poner el patriotismo nacional á la altura de la ocasión; y la ejecución de éste dependía de todo punto del monarca. Era preciso que apartase de sí al favorito y aun lo inmolasen á la justa saña de la nación; era preciso que abandonase los placeres y se consagrara al trabajo; que comenzase á gobernar y á hacerlo todo por sí mismo.

De entre cómicos y cómicas no salían el rey ni el favorito, sino para entregarse á nuevos placeres en los jardines y estanques del Retiro, llenos siempre de luminarias y máquinas costosísimas, para atentar, ó en lo oscuro de la noche á la honra de las mujeres, huérfanas quizás de los soldados de Flandes, ó para manchar con escandalosas aventuras los regios aposentos, cuando no lugares más sagrados. Acaso castigó Dios como merecían las liviandades de Felipe con un misterioso y sangriento suceso, que aunque no bien averiguado ni conocido, puso su propia honra en lenguas del vulgo.

Faltábanle soldados al buen infante, y al rey le sobraban representantes y truhanes; porque según dejó escrito uno de ellos con imparcialidad notable, «como su vida era libre y apetecida de gente moza, se aumentaba considerablemente cada día.»

En esto había venido á parar la admirada gravedad de los reyes de España. Felipe, tan ceremonioso, tan absoluto, que se juzgaba un Dios levantado sobre sus vasallos, tan avaro de sus respetos y autoridad, que por conservarlos había ya hecho derramar mucha sangre y debía hacerla derramar á torrentes todavía, toleraba tales riindades en presencia suya.

Bien puede servir el suceso que vamos á narrar para comprender cuanto hubiese decaído en España en pocos años el respeto de los monarcas. De seguro no hubo nadie en los tiempos de Felipe II y Felipe III que soñase matar al rey aun de los más agraviados: el libro de *Rege* de Mariana, donde se admite con ciertas condiciones la justicia del regicidio, más confirma que no combate esta opinión. Tales doctrinas no habrían podido tolerarse ni aun en el tiempo y forma con que se toleraron, si hubiese habido en la nación algo que pudiese corresponder á ellas con hechos y obras. Por lo mismo que era el regicidio un género de *utopia*, una cosa inconcebible á los ojos de los españoles, pudo el P. Mariana asentarlo como doctrina. Pero ahora ya no solo lo vemos posible, sino que lo vemos traído á punto de ejecución, evitándolo la casualidad y la fuerza, que no la voluntad de los que se lo proponían. Verdad es que si tal crimen ha podido ser en alguna ocasión disculpable, en esta lo era; si jamás un homicidio han podido disculparlo las necesidades ó las conveniencias políticas, disculpa tenía éste en que movía á los fautores una alta idea de patriotismo.

Los castellanos y portugueses, interesados en que la unión se llevase adelante, y algunos de ellos con exagerado patriotismo, sin reparar en lo odioso del medio, tramaron una conspiración para asesinar al rey Felipe, robar á la princesa y casarla con el príncipe Teodosio de Braganza.

Mientras que el gran Quevedo pagaba sus justas libertades, la corte, los magistrados y los funcionarios de todo género, acrecentaban sus desórdenes, y al compás de ellos hervía España, y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos. Pagábanse aquí muertes y ejercitábase notoriamente el oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse en público las monjas ni más ni menos que mujeres particulares; eran diarios los desafíos y las riñas, y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época continuas y horribles tragedias y que muestran no mucho más respeto á las cosas de Dios que á las cosas de los hombres.

En quince días hubo en Madrid solo ciento diez muertes de hombres y mujeres, muchas en personas principales. Hechos todos no de maravillar ciertamente en otros países y épocas donde se han visto iguales, si no mayores, pero increíbles en España que tan severas costumbres había heredado de Felipe II y Felipe III, trascurridos tan pocos años desde la muerte del último monarca, y estando al parecer más vivos que nunca la fe y el culto católico y el influjo del clero.

Tales ó semejantes cuadrillas de foragidos se vieron en las llanuras de la desierta Mancha. Y en tanto los tribunales del reino tal vez ahorcaban por precipitación á personas inocentes; y contra los grandes criminales, ó bien sobornados, ó bien temerosos, mostrábanse muy tibios. La corte parecía menos firme todavía en castigar los delitos. Perdonábanse los mayores, ó por la calidad de la persona, ó por la utilidad solo que de ellos resultaba, ó á precio de dinero y servicios, ó por mero capricho del príncipe y privado.

Hacia estos años de 1640 era Madrid como un tiempo Roma cabeza extraviada y corazón corrompido de un cuerpo colosal, que por milagro se mantenía en pié todavía; heredera de glorias y maestra de iniquidades y torpezas; hija de héroes y madre de viles. Permitásenos, pues, contener el relato y hacerlo más minucioso, que bien lo merece la importancia de los sucesos; ellos se amontonan y se precipitan al paso de la pluma que va apuntándolos: son las consecuencias evidentes de todo lo pasado, y los precedentes fatales de todo lo futuro.

CÁRLOS II

Dos días después de muerto D. Juan, entró en Madrid en triunfo la reina Doña Mariana, acompañada del rey su hijo (1679), que fué á buscarla á Toledo. Los grandes más encarnizados enemigos suyos se apresuraron ahora á felicitarla, y el pueblo mismo, inconstante como siempre, la victoreó con entusiasmo. Olvidáronse las faltas de aquella mujer, de quien nunca se esperó cosa buena, comparándolas con las de D. Juan, que tantas esperanzas había hecho nacer en vano. Fué fortuna que ya que el pueblo y los mismos grandes obrasen con tan escasa cordura, la reina hubiese adquirido alguna en el destierro y la expiación que había padecido. Mujer que con culpa ó sin ella había amenguado la honra del trono poniéndose en lenguas del vulgo y que había traído á la nación á tanta anarquía, no podía ya intervenir con público provecho en el gobierno. Conocióla la misma doña Mariana, y apenas se ocupó en adelante sino en asistir á las ceremonias de la Corte y practicar sus devociones, ó cuando más, en intrigas domésticas. No había puesto, sin embargo, en entero olvido lo pasado, porque su primera diligencia fué pedir al rey que levantara el destierro de Valenzuela y nunca dejó de insistir en ello.

Si era cierto que la reina estimaba su virtud en tan poco, fuera bien que lo ocultara, que los reyes, y más las reinas, si no tienen mayores fuerzas que otros para vencer las flaquezas del alma, tienen mayor obligación de salvar su honor, salvando las apariencias; y es indigno de llevar corona en las sienes quien ya que no guarde la virtud que es solo suya, no guarde al menos el honor que es de sus vasallos. Estos públicamente escarnecían á la reina y al favorito; quien más los adulaba y obedecía, más se ocupaba en difamarlos. Los más altos los despreciaban personalmente,

te, aunque no osaban oponerse á su poder; los más bajos los aborrecían, aunque no se aprovechasen de sus larguezas y pareciesen contentos con el pan y los espectáculos que se les ofrecían, como á aquellos viles ciudadanos de la Roma imperial.

La intriga y la envidia y la baja ambición, desencadenadas siempre en derredor de los tronos mal ocupados donde se asientan personas débiles ó de inteligencia escasa, no dejaban ahora de agitarse un punto. Era natural que la reina madre quisiese ver acomodados en destinos públicos á los que la habían acompañado en la desgracia, sin que por eso hubiera de usurpar el poder; pero lejos de tolerarlo los cortesanos que solicitaban aquellos destinos, alborotaban la Corte diciendo que el rey estaba otra vez en tutela. No se pagaba á nadie, porque no había con qué; los empleados de virtud y valía se negaban á asistir en sus puestos por no poder vivir en ellos con la honra ilesa, dado que no era posible contar con los sueldos; hubo algunos á quien fué preciso obliarlos á continuar por fuerza. Y sin embargo, jamás se han disputado tanto ni con tanto encarnizamiento los empleos.

Aquí la pluma del historiador se resiste ya de fatigada y temerosa, á seguir adelante con la relación de tamañas ignominias. Pero es fuerza cruzar, aunque sea pasando de ligero, por hechos que es bien que se sepan para que se advierta á donde conduce á las naciones la ineptitud ó vileza de los príncipes y el demasiado indigno sufrimiento de los súbditos.

Con la guerra de la Independencia, donde el antiguo carácter español se mostró tan de repente tan poderoso como en sus mejores días; con la última guerra de sucesión, donde tambien se ha empleado en las opuestas pretensiones algo de la fortaleza y esfuerzo moral del siglo XVI; y con los sacudimientos revolucionarios que han esparcido nuevas ideas y leyes y necesidades por todas partes, desenvolviendo unagran actividad y un anhelo fructífero de trabajo y de adelantos materiales, se ha inaugurado un nuevo período histórico para España. Período decisivo, cuya responsabilidad no podrá menos de espantar á todos los que, sintiéndola en sí, como hijos de esta época, consagren algun culto al deber y al patriotismo, aquellas nobles ideas por las cuales vivieron y murieron nuestros padres. España puede ser todavía una gran nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal su hermana, comprando ó conquistando á Gibraltar tarde ó temprano, y extendiéndose por la vecina costa de Africa. Pero tambien puede quedar reducida á nulidad vergonzosa, ejecutándose en todo á parte, y antes ó despues, aquel funesto pensamiento de los Bonapartes, que era traer al Ebro la frontera francesa, y dando á Portugal la Galicia, repartir la península entre dos coronas casi iguales en poderío. La sabiduría del trono, el patriotismo de la nación, el espíritu de libertad y de gloria pueden lograr lo primero. La imbecilidad de los que manden y el envilecimiento de los que obedezcan, pueden traernos á lo segundo. Y no hay tanto que esperar como se piensa, porque el mapa de Europa va á constituirse de nuevo. ¡Ay de los que no sustenten bien sus intereses! ¡Ay de los que queden perjudicados en ellos y tengan que esperar para resarcirse, á una nueva recomposición de este mapa europeo que con tantos defectos es hoy el mismo, poco más ó poco menos, que dejaron construido las guerras de principios del siglo XVIII, y señaladamente las que originó la sucesión de Carlos II! No se ha de hacer una Europa distinta cada día.

FELIPE V.

Los monarcas que sucedieron á Carlos II, aunque no tan enfermos como él, ni tan disolutos como Felipe IV, ni tan fanáticos como Felipe III, estuvieron lejos de alcanzar las altas calidades de Fernando V, Carlos I y Felipe II, y de tener su fortuna. Puestos en el trono contra la voluntad de la Europa y de una parte muy considerable de la monarquía; encadenados al capricho de la Francia, que los había engendrado, y á la cual debían sus personales grandezas; absolutos en una nación sin unidad ninguna, copistas serviles en un pueblo enteramente original y de peculiarísimas costumbres y necesidades, tímidos en el bien como en el mal, sin graves defectos el peor, con pocas cualidades el mejor de ellos, no han hecho más que prolongar el estado de decadencia á que nos trajo la dinastía austriaca. Tal vez no han aparecido durante un siglo nuestras flaquezas tan á los ojos del mundo; pero es porque los nuevos monarcas no eran ya tenidos por bastante temibles para que las demás naciones se ocupasen en averiguarlas. A la España de Carlos II no se la podía negar su importancia; era preciso arrancársela á girones. La España de los últimos Carlos estaba como olvidada, y no se reparaba en ella sino cuando se movía perezosamente para acabar de perder la antigua gloria de nuestras banderas en Africa y Gibraltar, ó para entregarse en los brazos del extranjero, como en el pacto de familia y en los tratados de Bayona. Los últimos reyes de la casa de Austria perdieron el Portugal, el Brasil y la Holanda que nos habían traído. Sus sucesores, que no han sabido traerle á la monarquía una pulgada más de tierra, dejaron que ella se hiciese pedazos entre sus manos, unos con más, otros con menos culpa, todos por ser harto pequeños para conservar los restos de nuestra grandeza y restituírnos algo del antiguo honor y poderío.

Bajo el reinado de Felipe V empezó España á salir



del lamentable estado á que la debilidad de los últimos reyes austriacos la habian reducido. Pero este renacimiento se debió más á las ideas de la época, que al cuidado ó acierto de sus gobernantes, quienes en vez de caminar con la civilización, no hicieron más que dejarse arrastrar por ella. Otro premio merecía la nación que acababa de hacer tan inauditos sacrificios por su monarca. Desgracia es de la España que sus reyes nunca hayan estado dispuestos á pagarla la deuda de gratitud que con ella contrajeran.

FERNANDO VI

Era el joven Fernando VI sencillo, recto y escrupuloso guardador de su palabra hasta el punto que llegó á decirse de él, que era un príncipe cuya falta consistió en no faltar jamás á su palabra. La melancolía casi hereditaria entre los Borbones, llegó á dominar á Fernando aun en mayor grado que á su padre, y le impidió tomar una parte tan principal como debiera en los asuntos del Estado. Era tan incapaz de fijar una atención esmerada en cualquiera cosa, y estaba tan persuadido de su nulidad, que se asegura contestó á una persona que le alababa su destreza en el tiro: Sería sorprendente que no hiciese bien alguna cosa. Esta hipocondría y abandono de Fernando, dió á su mujer doña Bárbara el mismo influjo que en el reinado anterior habia ejercido la segunda esposa de Felipe V; pero la nueva reina usó de él con más moración que Isabel Farnesio, y limitó su ambición á poder nombrar y sostener á los ministros.

Fué Fernando un príncipe dotado de escasa capacidad, pero naturalmente amigo de la justicia y de la paz, como su padre Felipe V.

En resumen: España no debió á su monarca Fernando VI más beneficio que la paz, y Fernando no hizo mayor bien á su monarquía que el no hacerla mal.

CÁRLOS III

Cárlos III, dado continuamente á la caza, ignorante y de escaso talento, no ponía en todo más que un deseo constante del bien público, bastante cualidad para merecer alabanza. Sus ministros lo hicieron todo, y en especial Floridablanca, hombre que sin ser extraordinario, era de claro talento, cuerdo y honrado, el más digno sin duda que haya tenido España bajo el cetro de los Borbones.

CÁRLOS IV

Tenia Cárlos IV cuarenta años cuando sucedió á su padre. Fatigado de un reinado de treinta, y con deseo de que se apresurasen más las reformas y mejoras, recibió la nación con aplauso. Pocos lloraron la pérdida de un monarca, que si habia cometido omisiones y errores, habia recobrado importantes dominios, gobernando con honor y provecho público. Y no hubo uno solo que sospechase cuán echado de menos habia de ser, teniéndole en adelante por modelo de reyes. Mostraban, sin embargo, las cualidades del sucesor, que no era él quien hubiese de exceder á su padre. No era de peor entendimiento y voluntad, pero le faltaba su celo y su decoro. Ya su mujer María Luisa de Parma imperaba en él, haciéndole tolerar sus liviandades. Cárlos III tuvo que desterrar, por evitar el escándalo, á un D. Luis Godoy que la enamoraba. No se contuvo María Luisa por eso, ni abrió los ojos el marido y quiso Dios que el reinado de tales príncipes comenzase con el memorable de 1789. La revolución francesa sobrevino, y desde el primer momento no se supo que hacer con ella.

El patriotismo no lo excitaban las cortes viles, ni los favoritos que las envilecen. No pudiendo hacer el bien, hizo el mal con dejarse llevar de los acontecimientos.

Así acaba este reinado, donde puede decirse que se contaron dos reyes, Cárlos y Godoy. Es costumbre desatarse en palabras de desprecio y de odio contra el favorito; pero nosotros, sin censurar sus faltas que fueron muy grandes, ni aprobar el torpe camino que tomó para elevarse, tenemos por mucho más justo condenar la memoria del rey sin honor y de la reina licenciosa, á cuyo cargo puso Dios la monarquía, y que tan mala cuenta supieron dar de ella. «La historia, dice un eminente escritor moderno, no puede ser muda acerca de debilidades y de escándalos que tan pesadamente habian de caer sobre la nación, y tan funestas huellas debian imprimir en su destino.»

FERNANDO VII

Comenzó con el nuevo reinado una gran revolución política formulada en estas palabras del Sr. Pacheco, «no era ya en España inviolable la soberanía cuando tal espectáculo se ostentaba en Aranjuez.» Fernando, aunque descontada la usurpación extranjera, hubiera tenido revueltos días, y la guerra de la independencia no hizo más que apresurar ciertos sucesos.

Eran grandes aunque diversas las esperanzas que infundía el nuevo rey, en unos de restauración de lo antiguo, en otros de mayores reformas. Y eso que á poco que se meditasen los pasados sucesos, dejábase entender que no tenía Fernando ni más entendimiento ni más corazón que su padre. Y en cambio carecía de aquella sencillez benévola que en éste daba lugar al menosprecio más bien que al aborrecimiento. Pero habia luchado con el príncipe de la Paz; habia sido enemigo de su disoluta madre, y esto bastaba para cerrar todos los ojos al exámen, cuando más á la censura.

Cárlos IV y su mujer llegaron á Bayona, llamados por el emperador, y poco despues el príncipe de la Paz, cuya libertad habia logrado Murat, con no poco disgusto de los españoles. Juntos en Bayona todos estos personajes, la repugnante sencillez del viejo rey que no se hallaba sin Godoy, colmándole sin cesar de caricias; la impudencia de la anciana reina que hacia gala aun de sus adúlteros amores; el odio de la madre desnaturalizada que pedía con lágrimas á Napoleón la muerte de su hijo; la hipócrita sumisión del mal hijo que tan poca cuenta habia tenido con lo que debía á sus padres; la alevosía vergonzosa de Napoleón allí presente; el vil descuido de sus ministros y la estolidez de los ministros españoles; astucia, codicia, violencia, todas las malas pasiones humanas puestas en movimiento, dieron lugar á espectáculos y sucesos sobre los cuales con gusto pasamos de ligero.

Los liberales aguardaban con impaciencia al rey, temiendo algunos, creyendo los más cándidamente que con él se consolidaría el nuevo sistema. No tardó el repuesto rey en dar señales de vida.

El pueblo lo aclamaba creciendo el antiguo amor con las desgracias y victorias; el ejército, el clero y la nobleza lo rodeaban; vió que tenia poder para todo, y que tan fácil como pagar sus deudas de gratitud le era satisfacer sus particulares intereses y pasiones; esto fué lo que hizo.

Y Fernando, ya sin obstáculo se negó, primero á jurar la constitución, y luego la abolió en Valencia por un decreto.

Prohibióse la reunion de cortes y el decreto de abolición fué publicado. En él ofrecía el rey establecer un sistema de gobierno liberal aunque más moderado; pero pronto se vió que no era tal su intento. A los pocos dias publicó otro decreto declarando que volviesen todas las cosas de administración y gobierno al punto que tenían en 1808. Cayeron las cortes sin más ruido que el del vulgo de Madrid que quiso asesinar á los diputados presos. La ingratitud del rey con aquel cuerpo á quien debía la corona, fué acompañada de no menor ingratitud en lo general de los ciudadanos. Todo era esperar prodigios del gobierno del rey, y el quitarle estorbos y resistencia, parecia útil y meritorio. No tardó en venir el desencanto. Trataba el rey como enemigos á casi todos los buenos, fiado solo de los cobardes en la guerra, y traidores en los consejos.

Tales comparaciones, ahogadas en los principios por el entusiasmo, comenzaron al fin á excitar murmullos. Daba tambien ocasion á ellos la poca dignidad del rey en los negocios exteriores, y el ningun acierto de sus ministros en los interiores.

Fernando no reparaba en eso, ocupado en perseguir liberales y en satisfacer sus groseras pasiones de intrigas. Rodeábanle criados y bajos consejeros dentro de palacio; pues no hacia caso más que de hombres ineptos, cayendo hoy uno, luego otro, los pocos de saber que le seguian. La hacienda estaba perdida, la administración abandonada, y el pueblo acostumbrado á discutir y juzgar en los pasados años, abrió al fin los ojos. Jamás reaccion más grande se ha verificado en menos tiempo. Dió ella aliento á los liberales para conspirar. Espoz y Mina se sublevó en Navarra; pero tuvo que huir no siendo seguido. Con menos dicha Porlier, que se levantó en Galicia, cayó en manos del gobierno, que sin respeto á sus servicios lo condenó á morir en la horca. Pero no hubo suceso tan infeliz como el de Lacy, que preso en Cataluña, donde se sublevó, fué conducido á Palma de Mallorca, y fusilado allí en lo oscuro de la noche en un foso. Milans, comprometido con él, logró salvarse. La mayoría de la nación anatematizó la primera sublevación; excusó en algo la segunda, y en la tercera reprochó ya más la conducta del gobierno que la del rebelde. Vióse tambien sin horror que un tal Richard atentase á la vida del rey. Cuando la opinion pública llega á este caso, todo depende de un golpe de mano, y eso sucedió ahora. Los liberales, reunidos en sociedades secretas, trabajaban de continuo por derribar al gobierno; y como no contaban aun con la muchedumbre, dirigian todos sus esfuerzos á minar el ejército. Despues de seis años de flagedad, siendo ya inútil, resolvió el rey enviar un crecido ejército á América, y lo reunió en los contornos de Cádiz. Fué grande en esto como en todo la torpeza del gobierno. Cádiz era el único puerto donde estuvieron en mayoría los liberales, y eran allí numerosas y bien organizadas las sociedades secretas. Comenzaron éstas á seducir los regimientos, excitando en los oficiales el patriotismo y la ambición, y en los sargentos y tropa el disgusto de ir á tan lejanas tierras y exponer las vidas. Reprensible medio el último y que algo manchó la revolución inmediata, acusándose de la pérdida de América. Pero á estos extremos trae á los súbditos la iniquidad de los gobiernos.

Príncipe fué Fernando que habiendo recibido de sus pueblos las mayores muestras de amor que haya recibido alguno, fué de los menos sentidos que haya habido jamás. Liberales y absolutistas celebraron interiormente su muerte, mientras la historia se encargaba de castigar sus perfidias y su ingratitud, que fueron grandes, con otras pasiones no menos indignas. Nuestra historia, tan rica en reyes ineptos, no lo es en reyes perversos como fué Fernando. Los de la casa de Austria fueron todos generosos y nobles, menos Felipe II que fué solo grande: los de la casa de Borbon fueron bondadosos y honrados, menos él, que fué más que pequeño. Por severo que parezca este juicio, las desdichas que padeció en su tiempo la nación lo acreditan de justo.

En el próximo Suplemento nos ocuparemos del reinado de doña Isabel II.

INMORALIDADES

Bajo el inofensivo título de *Verdades amargas sobre eso de la Imprenta Nacional y otros excesos*, acaba de publicarse un folleto que parte por el eje á los aficionados á mistificaciones y chanchullos.

Empieza con la critica de otro que se publicó sobre el mismo asunto, y se lia despues el autor con lo que llama la zanganada de Moret al intentar la supresion de la imprenta cuando fué ministro, en vez de remediar los abusos cometidos á su sombra.

Despues habla de *cien empleados sin empleo* que, sin prestar servicio alguno, como no sea firmar la nómina y cobrar, viven á expensas del presupuesto, *figurando* como redactores, inspectores, correctores, ajustadores, cajistas, ordenanzas, porteros y hasta *faroleros* (y quizás este calificativo les cuadre á muchos), gravando fieramente los fondos de la Imprenta Nacional que, dando pingües rendimientos, solo puede entregar cada cuatro años en el Ministerio la exigua (relativamente) suma de 300.000 pesetas.

Dice que por reglamento no debe haber más que un regente y hay varios, importando solo este negociado 10.000 pesetas anuales.

Dice que la Imprenta está instalada en un chamizo estrecho, insano y oscuro, al punto de tener que andar los operarios candileja en mano á las doce del dia por temor á romperse la crisma los unos contra los otros.

Dice que la *Gaceta* se imprime en tipos viejos y matados, en papel de residuos de alpargata, y con tinta de *dos reales* (la de EL MOTIN cuesta *seis*); que hay un *ingeniero* no sabemos para qué; que en vez de Diccionario para compulsar las dudas que á los correctores asaltan, hay un forro del que fué tal Diccionario, lacio, desvenecado y roto, al cual se adhieren de mala gana y como vergonzosamente algunas hojas amarillentas y deterioradas; que ha habido un tiempo en que *unos operarios* explotaban á *otros operarios*; y concluye (entre otras muchísimas cosas, todas importantes, pero que no caben aquí) dando cuenta del escandaloso robo ocurrido á principios de este año, consistente en todos los moldes de la *Guía*, que consta de más de 1.000 páginas, con un peso de 250 arrobas y un valor de 3.500 duros, sin que hasta ahora sepamos quien deba responder de tamaña *irregularidad*.

En fin, que el folleto, que en otro lugar anunciamos, merece leerse para añadir este nuevo dato á la historia de la moralidad de estos caballeros moralizadores, capaces de cometer doscientas inmoralidades por dia, siempre que les den provecho, aunque les quiten honra.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La rudeza de la campaña política que vengo sosteniendo, me impide hablar de otros asuntos, y á esto únicamente se debe el que no haya dedicado aun cuatro líneas á varios libros que tengo sobre la mesa. El que lleva más tiempo en ella, es el titulado *Tipos y Tipejos*, de Federico Moja y Bolívar.

A los que saben quien es este escritor, nada necesita decirles; á los que no hayan leído aun sus trabajos, les indicaré que pocos le igualan y ninguno le supera en pureza de lenguaje é ilustración, gracia, buen golpe de vista critico, sátira fina, y delicadeza y ternura cuando el asunto lo requiere.

Con menos pereza y más deseo de gloria, Moja y Bolívar sería hoy uno de los escritores más conocidos del público como es uno de los más respetados entre las gentes de letras.

*Tipos y Tipejos* es una recopilación de artículos en que campean todas las dotes del escritor á que aludimos. Se vende el tomo en Malaga, administración de *Las Noticias*, periódico de que hace años es director Moja.

Tambien he de pasar como sobre ascuas y lo siento, sobre el reciente libro de Luis Bonafoux, titulado *Mosquetazos de Aramis*.

Es este escritor uno de los que manejan mejor el lenguaje castellano, y la sátira. Perpicuo observador, describe admirablemente, y si se dedicara á la novela, no habria entre los autores conocidos quien le aventajara en el género realista. Tiene tambien mucha gracia, pero la nota predominante en él es el sarcasmo.

Si estos conservadores me dejaran en paz un par de dias siquiera, me dedicaría á hablar extensamente de este libro y del de Moja, que bien lo merecen ambos.

*Mosquetazos de Aramis* se vende á tres pesetas en las principales librerías.

Con este título, *Noches*, ha publicado Jaime Marti-Miquel un libro de poesías, pensado y hecho en las prisiones militares de San Francisco de Madrid.

Este autor, que se habia distinguido hasta ahora poniendo en verso castellano las composiciones más notables de los autores extranjeros más ilustres, empresa difícil de que siempre salió airoso, ha dado en este libro gallarda muestra de que puede ocupar un alto puesto en literatura con obras originales.

Quizás en las páginas del libro *Noches* se vea más



al pensador que al poeta; acaso el pensamiento filosófico vele en ocasiones la forma artística; pero esto no es obstáculo para reconocer, que el Sr. Martí-Miquel es un poeta de altos vuelos.

Véndese el libro, elegantemente impresa á cuatro pesetas en las principales librerías y en casa del autor, Liria, 5, principal, Madrid.

Bajo el título de *Florilegio español* ha publicado D. Narciso Campillo, conocido poeta y catedrático numerario del instituto del cardenal Cisneros, un tomo de 290 páginas, dedicado á inspirar á la juventud estudiosa afición á la lectura.

Separándose de la tradición, que llenaba estos libros con fragmentos de obras de autores clásicos, el Sr. Campillo, con excelente acuerdo, se ha propuesto instruir, divulgar conocimientos íntimamente ligados á la vida moderna, y al efecto trata, con gran conocimiento de la materia, lo mismo de los globos que de la brújula, de la imprenta que de la pólvora, del gas que del papel.

Y ora habla de la misión del maestro, era de los cereales; ya de la utilidad de la honradez, ya de inventos que han cambiado por completo la manera de ser de las naciones civilizada; todo en correcta y castiza prosa.

El tomo, cuyo precio ignoro, se halla de venta en la librería de Hernando, Arenal, 11.

## PALOS Y PEDRADAS

Caricias de *La Izquierda Dinástica* á ese tras-tulo empleado en Gobernación:

«¡Ah Molerete, Molerete!... Sabuesillo... ¡y qué bien te ganaste ayer las cuatro pesetas de *plus* que te arrojan en concepto de verdugo habilitado de la prensa!...

Si supieras como nos diviertes cuando te contemplamos con el gorro de juglar haciendo las delicias de *tu* Cánovas, ese Cánovas tuyo que lo mismo le da profanar la Cámara popular haciendo presidente á Romero ¡já un Romero Robledo! que alquilar sigisbeos, á la usanza de los magnates venecianos, para gozarse en la destrucción de sus enemigos heridos uno á uno y por la espalda, es decir, con premeditación y alevosía...

¿Te asombras?... Pues es raro; los instrumentos como tú tienen otra obligación, la de herir, que ese es su oficio, no la de asombrarse.

Herir, comer y callar. Ya lo sabes. Ayer, al igual de todos los días, denunciaste á *La Izquierda Dinástica*. Solo algunas noticias se libraron de tu baba... digo de tu lápiz... Hoy harás lo mismo. Pero de alguna manera tienes que ganar el negro mendrugo de la ignominia...

Justo y merecido.

Dice *El Progreso* que Cánovas vendió el día 23 sus acciones del Banco de España, que bajaron el 24 diez y nueve enteros y medio.

Si es cierto, ¡qué infamia la de denunciar á los periódicos que hablaban de la enfermedad del rey!

## MANOJO DE FLORES MISTICAS

Reseña de un capellan de un vapor en que viajaba el ilustrado periodista puerto riqueno Fernandez Juncos, director de *El Buscapié*:

«Formando raro contraste con lo ilustrado y selecto del personal científico de á bordo, hay un capellan de aspecto ingrato, de modales incultos, largo de orejas, corto de razones y menguado de entendimiento. Es un hombre alto, grueso, fornido, de rostro amon-dongado y enorme, de frente aplastada, cerda gris y abundante por cabello, ojos pardos, pequeños y de mirar codicioso, dientes oscuros, anchos y desiguales, y labios gruesos, ámplios y temblorosos como belfos de rocin. Su traje consiste en un *aparejo* de paño bardo, que tiene algo de túnica, de gaban y de sotana; pero que no es en realidad ninguna de las tres cosas; especie de ropón informe y ambiguo entre capote y hopalanda, en el que parece como envainado su dueño desde el mugriento cogote hasta la mitad de la pantorrilla.

Cuando el viento ó los balances del buque separan un poco los bordes de este gran sayo en su abertura delantera, se descubre un oscuro chaleco de forma originalísima, ceñido y ajustado al pecho en la parte superior de las solapas, y sumamente ancho por la pretina, formando hacia delante un pico prolongado, como á manera de proa ó tajamar. Compréndese al instante que ha sido hecha contando *á priori* con un gran desarrollo del abdomen, que concluiría por llenar aquel enorme vacío.

Una gorra sin visera sirve de cúpula á aquel monton de carne nada pulcro, y un par de gruesas botas de campana sirven como de regaton á sus medrados y perezosos piés. Lleva en el cuello un duro corbatín con apéndices de sotagola que se le pierden entre los anchos pliegues del ya descrito *aparejo*, sin el menor asomo de camisa ni ropa blanca. Es en extremo gloton, duerme más de lo justo, fuma como una chimenea y hace público alarde de su aversión al agua, hasta el extremo de asegurar que desde que tenía uso de razon (*sic*) solo se bañaba interiormente y con

vino. Su conversacion choca á veces con el carácter religioso de que él se encuentra investido, y es impropia de su profesion y de su edad.»

De mano maestra; parece que lo estoy viendo. Si fuera pintor, lo retrataría como el ejemplar típico de la clase; mas con todo, encuentro censurable el afán de poner en ridículo á un individuo de ella, por hacer gala de dotes de narrador.

«Con fecha 21 de Setiembre, Monseñor Van Camalbeke, Obispo de Hierocesarea, Vicario de la Cochinchina oriental, remitió el tristísimo telegrama siguiente:

«Barral Dupout, misioneros, 24.000 cristianos hasta hoy asesinados.»

El 27 de octubre otro telegrama añade:

«Cuateler, misionero, diez sacerdotes indígenas y 7.000 cristianos asesinados.»

En resumen, 31.000 mártires, 200 iglesias incendiadas, 20 orfelinatos y 12 conventos arruinados.

¿Y habrá, en vista de esto, quien se atreva en adelante á condenar las matanzas de herejes, cismáticos judíos y moriscos que el catolicismo ha hecho en España?

Cuando los infames secuaces de una religion falsa se atreven á acabar de modo tan inhumano con los que no piensan como ellos, ¿qué extraño es que los piadosos partidarios de la única verdadera eliminasen á millares en los pasados tiempos á los siervos de Luzbel?

Caiga sobre los Conchichinos orientales toda la santa y justa cólera del Dios de Sinaí, á fin de que sean exterminados hasta la cuarta y quinta generacion.

Un Señor obispo católico ha dicho en Inglaterra, condenando los bailes en el teatro:

«Preferiría ver á mi hermana muerta y enterrada, antes que verla reducida á la infamia de ganarse el sustento mostrando sus piernas al público.

Es preciso, añade, que se prohiban los bailes en los teatros, puesto que con ellos nada gana la moral ni la decencia, y solo sirven para pervertir á la juventud y fomentar el vicio.»

En forma bastante más culta y literaria, lo dijo ya en España nuestro inolvidable Claret:

¡Oh joven que vas bailando al infierno vas saltando!

Por todo lo cual, me atrevo á pedir al gobierno que prohiba inmediatamente toda clase de quiles en los teatros y fuera de ellos, pues no es justo que las almas se pierdan por cuestion de piruetas incitadoras.

Reclamo como cualquiera otro, el de la ténia nclusive:

«En los seis siglos y medio que lleva de existencia la orden de San Francisco de Asis, ha dado á la Iglesia 247 santos y beatos, 1.500 mártires y hasta 2.500 que constan en el monologio franciscano, 13 papas, 60 cardenales, 4.000 arzobispos y obispos y 6.000 escritores públicos, entre ellos no pocos eminentes. Además, actualmente tiene esta religion en países salvajes 2.500 misioneros que con 1.000 de la de franciscanos capuchinos, suman 3.500.»

Eso es lo que han dado. Calculen ustedes lo que habrán tomado á cambio de eso.

Reunidos los millones que se habrán tragado esas notabilidades franciscanas, con los que se habrán invertido en el pienso de los otros frailes de la orden que no fueron notabilidades, habria para pagar la deuda española, remediar la actual miseria pública, y comprar picos y azadones para derribar todos los conventos que se han construido desde la restauracion acá.

¿Y pensar que se han invertido en cebar cerdos que han ozado asquerosamente en el campo de la civilizaci6n!

Así hubiera exclamado yo cuando era impío.

Truena un periódico contra el cabildo catedral de Santander, porque, cobrando al año 86.500 pesetas, solo ha dado 500 para la cocina económica que allí se ha establecido.

Este afán de que los servidores del templo hayan de despojarse de aquello que legítimamente les pertenece en beneficio de las clases menesterosas, va presentando ya los síntomas de una monomanía, que conviene curar antes que el pueblo adquiera falsas ideas sobre el derecho que los presbíteros, al igual de los demás ciudadanos, tienen para disponer de sus bienes en la forma que mejor les plazca.

Al salir un joven de la iglesia de San Francisco (Palmas de Canarias) disparó varios tiros de revólver contra su novia y otras personas que la acompañaban, hiriendo á varias, algunas de gravedad.

¿Y se va á deducir de tan triste accidente que la asistencia al templo no ahuyenta del cerebro los pensamientos criminales?

Error profundo. Hechos lamentables como el anterior, son debidos exclusivamente á las malas enseñanza y peores ejemplos que el mundo da, y cuya influencia no pueden torcer en un día los edificantes que ofrece la casa de oracion.

¿Censurar yo á las Hijas de María de la parroquia de Laraño porque proyecten celebrar una novena, para impetrar de la virgen que prospere y sea atendido el recurso de casacion que se intenta interponer por los defensores de Manuela Requeijo, en la causa que se la ha seguido por parricidio frustrado, y por la cual fué condenada á diez y siete años, cuatro meses y un día de prisi6n?

Nunca; que es la fe fuente de consuelo en las adversidades. Esto, sin contar conque la madre del divino Cordero pudiera muy bien tocar el corazón de los jueces para que absolviesen á aquella desdichada.

Nada de extraño tiene que el ama del señor cura de Colmenar no recordase si una niña le habia entregado trece reales por los derechos de una partida de bautismo, y que esto diese lugar á disgustos, leves por fortuna.

Felicito al presbítero, por haberse contentado con exigir de nuevo los trece reales á la familia de la chucuela, en vez de haber dado parte al juez para que le sentara la mano.

Si, señor; hizo muy bien el santo sacerdote que se presentó en casa de una viuda en la calle de Gracia (Sabadell) pretendiendo casi á la fuerza que se confesara su hija enferma.

Cuando el objeto que se persigue es grande, como en el caso presente, la salvacion de un alma, deben pasarse por alto ciertos detalles que solo acusan interés y celo.

Hizo perfectísimamente bien el cura de Villabañez en cobrar siete reales á cada chico de los que rompieron la soga de la campana; y solo debe achacarse á distraccion el que no comprase otra antes de ser trasladado á otro pueblo.

Estaría bien que por ser cura no pudiera reclamar daños y perjuicios á las personas que se los causaren.

San Telmo, patrono de los marinos, se ha roto un brazo al caerse de las andas yendo en procesion en Almería.

Ruego humildemente á los devotos encargados de estas conducciones, que procuren evitar siniestros semejantes, á fin de no herir los corazones piadosos.

Desea saber un curioso colega á donde va á parar la asignacion que el Estado tiene señalada para los muchísimos curatos que están vacantes.

No irá á parte alguna que no sea para emplearla en honra y servicio de Dios.

A silbidos recibieron hace días una procesion en Barcelona.

Hubiera deseado presenciarlo, para reirme.

Por supuesto, de los miserables que creen que de ese modo inculto van á acabar con tan santas y útiles ceremonias.

El reverendo que ha dicho en las Planas (Gerona) que los pueblos son tanto más religiosos cuanto más ignorantes, es todo un sábio.

La ilustracion es el mayor enemigo de la fe; por eso en estos tiempos domina la impiedad.

## LIBROS RECIBIDOS

*Almanaque de la Risa* para 1886. Ramillete de flores, ortigas y abrojos por varios escritores notables. Pedidos, á F. Esteban y L. Perez, Buenavista, 20, Madrid.

*El Fomento de las Artes* en 1885. Discurso del presidente de la Sociedad D. Rafael M. de Labra, leído en el acto de la solemne apertura del curso académico de 1885-86 verificada el día 11 de Octubre de 1885.

*Verdades amargas sobre eso de la imprenta nacional y otros escosos*, por Tomás Rey y Berrolaza, tipógrafo consumido. Madrid. Tipografía hispano-americana, Atocha, 68, único punto de venta. Librería de San Martín, Puerta del Sol, 6. Precio 1,50 pesetas.

*Código de comercio* de 22 de Agosto de 1885, anotado y concordado con el de 30 de Mayo de 1829, y con referencias al Código Penal, leyes de Enjuiciamiento é Hipotecaria. Sentencias del Tribunal Supremo y otras disposiciones importantes, por D. Francisco de P. Lliví, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Juez de primera instancia, cesante, y Eusebio Freixa y Rabasó, ex-comerciante y tenedor de libros, Jefe honorario de Administracion civil, y autor de muchas obras científicas y literarias. Su precio en toda España, 3,50 pesetas.

Los pedidos deberán dirigirse por los particulares, acompañados del importe de los ejemplares que deseen, con más 75 céntimos de peseta para el certificado, á Eusebio Freixa, Cava-baja, núm. 22, Madrid.

Recomendamos eficazmente á nuestros abonados la siguiente obra que ha puesto á la venta Eusebio Freixa y Rabasó al ínfimo precio de dos pesetas en toda España:

*Guía de la contribucion territorial y rectificacion de amillaramientos.*

Contiene: Ley de 18 de Junio de 1883, reformando la de 31 de Diciembre de 1881 sobre cupos de los pueblos; suprimiendo el impuesto equivalente á los de la sal, y disponiendo la rectificación de amillaramientos: Reales decretos y reglamentos provisionales de 30 de Setiembre de este año para la ejecucion de la ley citada primeramente, anotados con profusion, con todos los modelos insertos en las *Gacetas* del 9 y 12 de Octubre, y tabla para hallar la clase á que pertenece un edificio, copiada del penúltimo párrafo del artículo 172 del Reglamento de 18 de Diciembre de 1846, citado en el 59 del de amillaramiento de este año. Los pedidos deberán dirigirse á su autor, acompañados del importe, Cava-baja, 22, Madrid.

MADRID.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12.